
CALIENTE PARA EL
UN ROMANCE BDSM CON UN MULTIMILLONARIO
AVA GRACE

CALIENTE PARA EL

AVA GRACE

Copyright Ava Grace 2012
Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y eventos provienen de la imaginación del autor y no deben confundirse con la realidad. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, eventos o lugares es puramente coincidencia.

Notas sobre la licencia

Este libro electrónico se licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado para su uso únicamente, entonces por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta autora.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse en forma material alguna, ya sea mediante impresión, fotocopiado, escaneo u otro medio, sin el permiso escrito de Ava Grace.

CAPÍTULO UNO

Con un gemido largo y arrastrado, Elena extendió el brazo y golpeó el botón del despertador antes de hundirse más profundamente bajo el edredón acogedor con un gruñido satisfecho. La condenada cosa siguió zumbando.

«Déjame en paz» —gimió ronca—. «Todavía no es hora de levantarse.»

El zumbido aumentó hasta que fue tan fuerte que parecía ser una cosa física dentro de su cabeza, como si su cerebro estuviera golpeándose dentro del cráneo, intentando abrirse paso con un martillo de garras. Con una maldición silenciosa, se arrancó las sábanas y se incorporó. Uau. Mala decisión. Cuando la habitación comenzó a dar vueltas y un sofocón ardiente estalló, su cuerpo entero se calentó tanto que pensó que estaba intentando resolver el problema mundial de la energía. Extendió la mano hacia la mesilla de noche y la agarró con fuerza, intentando respirar mientras pasaba la repentina náusea y esperaba a que desapareciera la sensación vertiginosa.

La buena noticia era que el incesante zumbido había cesado. Pero ¿por qué tenía tanta sed? Debe haber tomado proyección astral mientras dormía porque ocho horas arrastrándose por el Sáhara sin ni siquiera un sorbo de agua era la única explicación posible para su sed indescriptible. Bueno, eso o los seis chupitos de tequila que se había tragado en The Salsa Bar la noche anterior. Y la botella de vino tinto que se había pulido en All Bar One probablemente también había contribuido.

Cuando imágenes de bailar con un clon de Ricky Martin de metro y medio de altura le pasaron por la mente, Elena se puso las manos en la cara y se reclinó contra el cabecero. No se acordaba de mucho de la noche, pero sí recordaba haberle dado una bofetada al tipo cuando intentó meter mano. Eso tenía sentido. Elena odiaba a los hombres que se le acercaban tanto, o el culo según fuera el caso. ¿Quién demonios les daba derecho a tratar a las mujeres como

objetos sexuales? El consentimiento para un baile no le daba derecho a magrearla como si fuera suya para tomar, nada más que una posesión. Elena sólo se pertenecía a sí misma.

El maldito zumbido volvió a empezar.

«¡No, no, no, no!» —Extendió la mano hacia el despertador y entrecerró los ojos mirándolo en la tenue luz de la habitación, pero la cosa malvada estaba silenciosa. Ah, no era el despertador, era su móvil. ¿Quién demonios le estaría llamando a mitad de la noche? Vale, eran casi las seis, pero ¿qué demonios?

Agarró el teléfono y manipuló torpemente con él antes de encontrar el botón correcto para responder la llamada. Más le valía ser una emergencia o el maldito destructor de sueño iba a recibir cuatro verdades.

«¡Hola!» —prácticamente gruñó.

«¿Qué tipo de saludo es ese para tu tío favorito?»

Elena frunció el ceño, lidiando con la niebla en su mente adormilada y privada de sueño. «¿Tío Henry?»

Su pregunta fue respondida con una carcajada baja y profunda. «Tienes veintiséis años ahora, Elena. Henry sería suficiente.»

«¿Qué...?» —La boca de Elena estaba tan seca que no podía terminar la pregunta. Agarró un vaso de agua de la mesilla de noche, se lo tomó de un trago y lo intentó de nuevo—. «¿Qué necesitas, tío, eh, Henry? ¿Va todo bien?»

«Por supuesto. Pensé que sería bueno ponernos al día. Estoy en tu zona.»

«¿Londres?»

«No, Europa. Voy a estar en la villa de Cannes durante al menos una semana. Esperaba que te unieras a mí.»

«Oh, eso es, eh, muy amable de tu parte ofrecerme, pero tengo trabajo y...»

«Eres la jefa.»

«Bueno, sí, pero no podría...»

«Sí que podrías. Trabajas demasiado condenadamente duro para alguien tan joven. Admiro tu dedicación, pero no te mataría tomarte un descanso. Tienes personal. Delega.»

Elena comenzó a negar con la cabeza pero lo pensó mejor cuando el martillo de garras comenzó su rutina de golpes. No podía posiblemente tomarse unas vacaciones. ¿O sí? La empresa de diseño de interiores de Elena se estaba convirtiendo rápidamente en una de las más conocidas de Londres. Y había trabajado increíblemente duro durante los últimos cuatro años para asegurar su continuo éxito. Las últimas vacaciones que se tomó eran... uau, no se acordaba, pero tenía que haber sido hace al menos tres años, quizás más.

Elena tenía un gran equipo de diseñadores trabajando para ella, pero aún así prefería el enfoque práctico. Era conocida por ser una jefa estricta, pero su enfoque sin rodeos obtenía resultados. Vale, era obsesionada por el control, pero estaba orgullosa de ello. Nunca habría logrado el mismo nivel de éxito si hubiera sido menos exigente o demasiado caprichosa. La gestión de un negocio rentable requería mano firme. Pero quizás su tío tenía razón. ¿Cuál sería el daño en tomarse una semana libre para relajarse? Ciertamente se lo merecía, tal vez hasta lo necesitaba.

Trabajar doce horas al día era común, pero no terminaba ahí, ¿verdad? Elena no solo quemaba la vela por ambos extremos, encendía un par más para mayor medida. Parecía que últimamente no estaba satisfecha a menos que tuviera una resaca permanente, pero su estilo de vida frenético se estaba volviendo demasiado para soportar. Su carga de trabajo pesada era una cosa, pero las excesivas fiestas tenían que parar, o algo iba a ceder. Un cambio de ritmo podría ser exactamente lo que necesitaba para recuperar su vida.

«Elena, ¿qué dices?» —preguntó su tío.

«Déjame ver si puedo arreglar un vuelo y...»

«Estar en el aeropuerto de la City de Londres a las diez del lunes por la mañana» —la interrumpió Henry—. «Mi jet estará esperándote. Podrás darme las gracias cuando llegues aquí.»

Cuando su tío colgó, Elena maldijo y tiró su móvil en la cama.

«Hijo de puta.»

Parecía que iba a pasar una semana en la Riviera. Estaba molesta de que Henry hubiera sido tan presuntuoso, pero una parte muy

pequeña de ella le gustaba que la decisión hubiera sido sacada de sus manos. Le vendría bien relajarse durante una semana, si recordaba cómo hacerlo.

CAPÍTULO DOS

Tal como Elena había esperado, Henry había organizado que un coche la recogiera en el aeropuerto de la Côte D'Azur en Niza. Instruyó al conductor que tomara la ruta costera y quince minutos después circulaban por la Promenade des Anglais. No se había dado cuenta de cuánto había echado de menos Francia, pero estar nuevamente en el país, sentir el sol en su rostro e inhalar el aire fresco del mar le recordó lo mucho que amaba la Riviera. Cuando estaba en la universidad, Elena había soñado con mudarse al país de forma permanente, pero no había funcionado de esa manera. Después de haber empezado su negocio de diseño, se había visto atrapada en el frenético estilo de vida londinense y su sueño había sido postergado.

El coche entró en el camino de acceso de la villa de su tío y mientras lo miraba a través de las ventanas tintadas, una sonrisa cariñosa se extendió por sus labios. Se había olvidado de lo hermosa que era la casa. Situada en lo alto de una montaña, la vista panorámica del mar que se extendía hasta el Cap d'Antibes era simplemente cautivadora. Al bajarse del coche, Elena se alisó los pliegues de la falda de seda Lanvin, sacando sus gafas de sol de la parte superior de su cabeza y colocándoselas para proteger sus ojos del brillante sol del mediodía. Mientras ascendía por los escalones de piedra que conducían a las magníficas puertas de cristal, sintió como si estuviera regresando a casa.

Henry era más un padre que un tío. A los diecinueve años, los padres de Elena habían muerto en un accidente de coche y aunque era legalmente una adulta, Henry había insistido en cuidarla, asegurándose de que tuviera todo lo que pudiera necesitar. Eso se traducía en que él pagaba su educación y le daba una asignación, aunque ya había sido bien cuidada en el testamento de sus padres.

El último esfuerzo de Henry para 'cuidarla' era invitarla a vivir en su villa de Cannes. Apenas pasaba tiempo allí y decía que no le gustaba ver el lugar vacío. Sin embargo, Elena estaba segura de que

su generosidad era porque odiaba dónde vivía actualmente—su acogedor piso en Knightsbridge era demasiado de segunda categoría para sus gustos. Eso era probablemente lo que había sido la invitación a pasar la semana. Elena sospechaba que él quería que probara un poco de lo que se estaba perdiendo y si esa era su intención, era un plan maldidamente bueno. Le gustaba la vida que se había construido en Londres, pero ¿comparado con el sur de Francia? No había competencia.

Como de costumbre, la puerta principal de la villa había sido dejada sin cerrar. Elena entró y caminó a través del gran vestíbulo de entrada hasta llegar al despacho de su tío. Estaba ubicado en la parte trasera de la propiedad con vistas a la piscina y era prácticamente la única habitación que él usaba con frecuencia. Se quitó sus gafas de sol favoritas de Dior, se alisó el cabello castaño brillante y luego llamó a la puerta antes de entrar.

«Tío...» Las palabras de Elena se cortaron rápidamente cuando vio al hombre sentado detrás del gran escritorio de caoba que definitivamente no era su tío.

«Hola, Elena. Es bueno verte de nuevo.»

Cuando Charles Hunt, el enigmático socio de negocios de Henry, se levantó de su asiento y rodeó el escritorio, Elena odiaba el efecto que tenía sobre ella. Instantáneamente sus pezones se endurecieron y una sensación de hormigueo estalló en su entrepierna. Hacía al menos un año que no lo veía en Londres, pero se veía tan bien como siempre. Más de 1,80 metros de alto, Charles se erguía por encima de ella, pero su magnetismo bruto no provenía de su altura ni de su complexión musculosa. Charles exudaba poder—se rezumaba de cada poro de su cuerpo.

El multimillonario estadounidense era indudablemente un partido deseable. Las mujeres de todos los continentes querían acostarse con él y muchas de ellas lo habían conseguido—si los chismes sobre él eran ciertos. Charles había intentado seducir a Elena en más de una ocasión, pero según su propia admisión era altamente dominante, y Elena nunca había sido buena con la gente que le decía qué hacer, en la cama o fuera de ella. Simplemente no estaba cableada así. Pero incluso mientras el pensamiento llegaba a ella,

sabía—si alguna vez se sometiera—si se entregara a alguien tan completamente, sería a él.

Elena no había sido una santa a lo largo de los años. Había tenido su cuota de diversión y relaciones a corto plazo, pero algo siempre la detenía, algo la prevenía de involucrarse demasiado. Cuando los hombres que frecuentaba comenzaban a impacientarse, exigiendo más de su tiempo y un compromiso más profundo, Elena era rápida en cortar lazos. Siempre se decía a sí misma que era porque era demasiado joven y no estaba lista para una relación seria, pero la verdad era que desde el momento en que había conocido a Charles, no había querido a nadie más.

Charles era su hombre ideal. Fuerte, seguro de sí mismo y poderoso, era exactamente el tipo de hombre que necesitaba en su vida. La excitaba. Pero no sabía si podría darle lo que él necesitaba, particularmente en la cama, así que siempre se había evitado y fingido indiferencia. Tenía la sensación de que Charles podía ver a través de las barreras que había construido y sabía el efecto real que tenía en ella aunque nunca lo hubiera dicho así.

El cabello castaño oscuro de Charles era más largo en la parte superior de lo que solía llevarlo y había un suave vello de barba en su barbilla que solo añadía a su atractivo. Sus ojos eran los mismos que recordaba—un azul marino profundo y centellante que le recordaba el océano en un día soleado. Eran hipnotizantes.

Elena aclaró su garganta. «No sabía que ibas a estar aquí.»

Charles recorrió con sus ojos cada rincón de su cuerpo antes de finalmente encontrar su mirada. Sus labios se curvaron en una sonrisa sensual, revelando una boca llena de dientes perfectamente rectos y blancos.

«Sorpresa.»

Su expresión recordó a Elena la de un depredador, evaluando su presa antes de abalanzarse. Se estremeció, sus pensamientos divagando en territorio peligroso.

«¿Dónde está Henry?»

«Ah, tuvo que regresar a Nueva York esta mañana, me temo. Tenía algunos negocios inesperados que atender, pero sí me pidió que te transmitiera sus disculpas.»

«Estaba esperando poder pasar tiempo contigo esta semana. Supongo que estás atrapada conmigo.»

«¿Te vas a quedar aquí la semana entera?»

«Seguro que sí.»

Otra sonrisa. Más amplia esta vez y llena de promesas. Llamas de lujuria amenazaban con consumir a Elena, pero luchó por mantener el control y encontró su mirada con facilidad.

«Eso es...»

Estaba sin palabras. Elena no podía decidir si estaba feliz al pensar en pasar toda una semana con el sexy estadounidense que le hubiera encantado conocer mejor o completamente avergonzada.

Probablemente un poco de ambos.

CAPÍTULO TRES

Charles se rio entre dientes mientras observaba a Elena tropezar con sus propias palabras, del mismo modo que había hecho años atrás cuando se conocieron por primera vez. Le encantaba el efecto que producía en ella. El leve rubor en sus mejillas le fue directo a la polla y tuvo que morderse el labio para contener el gemido que amenazaba con escapar. Dios, era preciosa. No podía esperar a verla desnuda y tendida sobre su cama. Le había dejado claro que la deseaba, pero se había abstenido de hacer insinuaciones serias porque no creía que ella estuviera preparada, no para las cosas que quería hacerle a su cuerpo y a su mente.

Pero ya estaba harto de esperar.

No tenía la menor duda de que Elena lo deseaba. Ella lo repasaba constantemente con la mirada cuando creía que él no se daba cuenta, y la lujuria siempre presente en sus ojos alimentaba la suya propia. Si a eso le sumaba los sonrojos y cómo ella siempre se quedaba sin palabras a su alrededor, sí... lo deseaba, sin duda. Charles tenía que poseer a Elena, pero era más que un deseo fugaz o la necesidad de rascarse una comezón. No estaría satisfecho hasta que ella le perteneciera en todos los sentidos de la palabra. La quería no solo en su cama, sino en su vida, y esta semana iba a hacer que sucediera, más pronto que tarde.

Se acercó a ella con paso decidido, divertido al ver cómo retrocedía hasta casi tocar la pared.

«¿Cuándo vas a admitir que me deseas, Elena? ¿No crees que ya es hora de dejar de jugar?»

Ella aspiró bruscamente y se cruzó de brazos sobre el pecho. «Arrogante hijo de...»

Elena cortó el resto de la frase y lo fulminó con la mirada, y joder si aquello no lo excitó aún más. Su polla estaba a punto de explotar. Dios, cómo le encantaba su temperamento. Sería mucho más dulce cuando finalmente se sometiera a él.

«Llevamos demasiado tiempo dando vueltas alrededor de esta atracción entre nosotros. ¿De qué tienes miedo exactamente?»

«¡Desde luego que no te tengo miedo!» —respondió ella acaloradamente.

«¿De verdad?» Charles se acercó más, invadiendo por completo su espacio personal, y se inclinó para ponerle la boca junto al oído. «Demuéstalo.»

Se apartó un poco para quedar frente a frente, sus labios a un suspiro de los de ella, pero no cerró la distancia. No la besaría. Elena vendría a él cuando estuviera lista. Antes de que terminara la semana, ella le suplicaría que no solo la besara, sino que la follara, que la hiciera correrse. Y ese iba a ser el mejor maldito día de su vida. Que le jodiesen esperar toda la semana, iba a hacer que sucediera esa misma noche. ¿Para qué alargarlo más de lo necesario?

Cuando Elena bajó esa impresionante mirada de ojos castaños hacia su boca, Charles casi perdió el control. Tuvo que luchar consigo mismo para no bajarse la cremallera y pajearse allí mismo. La idea de masturbarse mientras ella lo observaba envió otra descarga de placer a través de su polla ya palpitante.

«Hazlo, Elena» —ordenó, con la voz una octava más grave de lo habitual—. «Bésame.»

Ella tembló visiblemente y la punta de su lengua asomó entre sus labios. Charles tuvo que cerrar las manos en puños, apretándolos contra su muslo para evitar agarrarla y saquear esa boca perfecta. Cuando los ojos de ella volvieron a encontrar los suyos, estaban velados de deseo. Respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba rápidamente. Elena se acercó un poco más, pero entonces un jadeo escapó de su boca y sacudió la cabeza como para despejarse.

Lo apartó de un empujón.

«No va a pasar. Lo siento, pero no me va...»

«¿El placer?»

Elena frunció el ceño. «El dolor.»

Ah. «Nunca te haría daño» —prometió Charles—. «No se trata de eso.»

«¿Ah, no? Entonces, ¿de qué se trata? ¿Qué quieres de mí?»

Charles retrocedió unos pasos, poniendo más distancia entre ellos y obligando a su erección a desaparecer. «Podríamos ser increíbles juntos, Elena. Tú y yo, encajamos a la perfección. Llevaría tu mente y tu cuerpo a lugares donde nunca han estado. Supongo que la mejor forma de describirlo es como una especie de intercambio de poder.»

Cuando Elena guardó silencio, Charles enarcó las cejas y continuó. «Se trata de explorarse mutuamente, de poner a prueba nuestros límites emocionales y físicos, pero puedes estar segura de que jamás te causaría daño, ni tampoco me va la humillación.

»Las relaciones Amo/sumisa se basan en la confianza. Solo necesitas soltar tus miedos y ponerte en mis manos. Si me permites el control de tus necesidades sexuales y emocionales, te aseguro que los resultados serán satisfactorios para ambos.

»Quiero darte placer, Elena, volverte loca de deseo.»

Elena se cruzó de brazos y una sucesión de emociones cruzó su rostro. Duda, confusión, incredulidad. Cuando finalmente lo miró a los ojos, parecía resignada. Charles no estaba seguro de si eso era bueno o no. Pero había necesitado ser sincero con ella. No tenía sentido endulzar lo que quería de ella.

«Mentiría si dijera que eso no suena increíble, pero no sé cómo ceder el control. No sé si pueda.»

Charles se sorprendió de lo pequeña y expuesta que sonó la voz de Elena al responder. Nunca la había oído sonar tan vulnerable. Dio otro paso hacia ella.

«Mira dentro de ti. ¿No te sentaría bien someterte a mí? ¿No quieres dejarte llevar? Piensa en lo liberador que sería. Puedo enseñarte, si me lo permites.»

Elena negó con la cabeza y puso más distancia entre ellos. «Necesito pensar en esto.» Se giró para marcharse y dijo por encima del hombro: «Estaré en mi habitación si me necesitas.»

Charles no pudo contener la carcajada que brotó de su pecho. «Vaya, eso sí que es una invitación.»

Elena giró sobre sus talones y lo miró con los ojos muy abiertos. «No quería decir...»

«Sé lo que querías decir» —la interrumpió, incapaz de borrar la sonrisa de su cara—. «No he podido resistirme. Tómate tu tiempo para pensar en mi propuesta y piénsalo bien. Te trataría como te mereces, te valoraría. Piénsalo.»

Las palabras de Charles parecieron tener un efecto tranquilizador. Los hombros de Elena se relajaron y dejó escapar el aliento que debía de haber estado conteniendo.

Su boca se curvó en una sonrisa sincera. «Gracias» —dijo—. «Creo que eso era justo lo que necesitaba oír.»

Charles le devolvió la sonrisa. «Baja a las seis, te llevo a cenar a la Croisette.»

Charles casi podía ver el debate interno que ardía dentro de Elena. Se dio cuenta de que sus palabras debían de haber parecido contradictorias, pero que pensara que ella debía tomarse su tiempo para decidir si embarcarse en una relación con él no significaba que no fuera a hacer todo lo posible para convencerla de lo buenos que podían ser juntos. Finalmente, ella cuadró los hombros y asintió.

«Supongo que nos vemos a las seis.»

«Ah, y ¿Elena? Ponte algo sexy para mí. Ni se te ocurra esconder esas preciosas piernas.»

Su petición fue recibida con una mirada de incredulidad, pero Elena no dijo nada más antes de marcharse a su habitación. Charles habría apostado su último millón a que cumpliría con su deseo. Iba a estar sexy, desde luego, pero ¿cómo demonios iba a ayudarle eso? Ya le costaba bastante mantener las manos quietas cada vez que estaba a una distancia de ella que se lo permitiera. Si exhibía esas piernas espectaculares, sus manos iban a estar por todas partes, acariciando sus muslos suaves, subiendo poco a poco hasta alcanzar el premio definitivo.

Ahí había una idea.

Charles se rio para sí mientras iba a hacer una llamada. Desde luego iba a ser una cena interesante, pero la comida era lo último que tenía en mente. Esa noche iba a ser una buena prueba de lo bien que Elena podía acatar una orden, de lo fácilmente que podía someterse a él.

Sospechaba que iba a disfrutar cada minuto.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando Elena recorrió el pasillo unas horas más tarde, sabía que estaba guapa. Condenadamente guapa. Su sedoso cabello castaño caía suelto sobre sus hombros y el sexy vestido negro de Vivienne Westwood le llegaba justo por encima de las rodillas, ciñéndose lujosamente a cada una de sus curvas. Cuando había estado decidiendo qué ponerse, se juró a sí misma que no estaba eligiendo el ceñido vestido para complacer a Charles, pero eso había sido mentira. Había querido estar guapa para él, había querido hacerlo feliz, aunque no podía entender de dónde nacía ese deseo ni por qué de repente se sentía tan cómoda con ello.

¿Qué había cambiado?

Elena nunca había hecho las cosas para agradar a los demás, y menos a los hombres. Desde que sus padres habían muerto, sin hermanos ni nadie cercano aparte de su tío Henry, había cuidado de sí misma y de nadie más. El deseo ardiente de darle a Charles lo que quería, de satisfacerlo y complacerlo, era una revelación. Reconocía que podía deberse en parte a que Charles no había exigido nada. Había dejado claras sus intenciones, pero no había sido autoritario. Había puesto la decisión en sus manos. Básicamente le había entregado todo el poder y eso había sido inesperado. Elena no sabía mucho sobre las relaciones Amo/sumisa, pero no había esperado que Charles fuera tan atento o comprensivo con sus necesidades. Había asumido erróneamente que era egoísta y que todo giraría en torno a lo que él quisiera.

Cuando se encontró con Charles en la puerta de entrada, Elena supo que había hecho la elección correcta con su atuendo. Charles estaba impecable. Llevaba un traje gris oscuro con una camisa de un tono más claro y una corbata a juego. Pero era imposible prestar demasiada atención a cómo iba vestido cuando vio el ardor en sus ojos al recorrer cada centímetro de su cuerpo. Le provocó un tirón profundo en el estómago y una gloriosa sensación de satisfacción. Su gruñido grave selló el trato.

Era evidente que aprobaba su atuendo.

Elena jadeó cuando él la atrajo hacia sí, su cuerpo tenso y duro contra el suyo. Los dedos de Charles se deslizaron en su pelo mientras le inclinaba la cabeza y recorría su garganta con besos ardientes y apasionados.

«Estás para comerte» —murmuró con voz ronca antes de tomar su lóbulo en la boca y mordisquearlo, su lengua deslizándose después para lamer la zona sensible justo debajo.

Los sentidos de Elena cobraron vida como si hubieran sido arrancados bruscamente de un profundo letargo. La sensación de su cuerpo duro presionado contra el suyo, el tono grave y áspero de su voz y el deslizamiento húmedo de su lengua enviaron su deseo a la estratosfera. Y eso sin contar el embriagador aroma de su loción para después del afeitado, un olor amaderado con matices de cuero, el afrodisíaco perfecto. Elena prácticamente jadeaba. Estuvo tentada de decirle a Charles que se olvidara de la cena y se dirigiera directamente al dormitorio, pero demasiado pronto, él se apartó con una sonrisa satisfecha.

«Vamos, o llegaremos tarde a nuestra reserva.»

Para gran decepción de Elena, Charles le tomó la mano y la condujo afuera hasta la limusina que los esperaba.

La tensión entre ellos crepitaba durante el trayecto hasta la Promenade de la Croisette. Aunque apenas podía levantar la mirada para verlo, Elena sentía los ojos de Charles clavados en ella durante todo el viaje y agradeció las ventanas tintadas para que él no pudiera ver su sonrojo. ¿Qué tenía exactamente este hombre que hacía que Elena volviera a ser una quinceañera con su primer amor? Cuando finalmente se atrevió a mirarlo, su deseo subió un grado más y entonces fue incapaz de apartar la vista.

Las piernas largas de Charles estaban estiradas ante él. Esbeltas y poderosas, no tenía duda de que estarían surcadas de músculos, como el resto de su cuerpo. Unos hombros anchos descendían hasta un pecho amplio y un estómago plano y firme. Pero cuando bajó la mirada por sus largos brazos, se fijó en que los dedos de su mano derecha tamborileaban un ritmo apresurado contra su pierna. Su

mano izquierda, la más cercana a Elena, estaba cerrada en un puño tenso, los nudillos blancos por la presión.

«¿Pasa algo?» —preguntó Elena.

Charles le devolvió la mirada y por una fracción de segundo sus ojos bajaron a su boca y un ceño fruncido arrugó su frente, pero su expresión se aclaró rápidamente y su sonrisa increíblemente sexy regresó.

«No. Todo perfecto.»

¿A qué venía el ceño?

Elena arqueó una ceja con curiosidad. «¿Seguro?»

Charles dejó escapar un suspiro pesado. «No tienes ni idea del efecto que produces en mí, ¿verdad? ¿Te das cuenta de la contención que me supone no ponerme de rodillas, abrirte las piernas y poner mi boca a trabajar en tu coño?

»¿Sabes que quiero chuparte el clítoris con fuerza y meter mi lengua bien dentro de ti cuando te haga correrte?»

Una oleada de pura y dolorosa necesidad atravesó a Elena ante las crudas palabras de Charles. De repente no había nada que deseara más en el mundo.

«¿Llevas bragas?» —preguntó él.

Elena estaba tan sorprendida por la pregunta que no pudo hacer otra cosa que responderla con sinceridad.

«Sí» —susurró, asombrada por la cadencia ronca de su propia voz.

«Quítatelas.»

El primer instinto de Elena fue protestar, pero la idea envió un escalofrío de excitación recorriendo su cuerpo y su sangre le hervía en las venas. Le sostuvo la mirada mientras lentamente levantaba el dobladillo de su vestido hasta que alcanzó la parte superior de sus muslos. Alzándose del asiento, agarró la fina goma elástica de sus bragas y las bajó, centímetro a penoso centímetro. La mirada de Charles bajó para seguir la acción y un sonido ahogado escapó de su garganta.

«Estás depilada» —observó él.

Elena asintió levemente. «Completamente.»

«Jesús, que alguien me sujete» —murmuró Charles, inclinándose hacia delante para ayudarla a deslizar la suave tela por sus piernas.

Ella aspiró bruscamente cuando la cabeza de él se acercó a su regazo y su mano titubeó mientras esperaba ver qué haría. La idea de su lengua en su sexo, penetrándola, le envió un escalofrío por la espalda y un líquido manó de su centro. Pero en lugar de darle lo que deseaba, Charles le sacó el tanga de los pies y se reclinó contra el asiento de cuero fresco. Se metió la ropa interior en el bolsillo del pecho con una sonrisa satisfecha.

«Bien hecho, Elena» —dijo con aprecio—. «¿Ves? No es tan difícil como temías.»

La frustración y la impaciencia batallaban dentro de ella. Necesitaba correrse, estaba desesperada por ello, pero tuvo que admitir que no había sido nada difícil seguir las instrucciones de Charles, en absoluto. Si esto era todo lo que se requería de ella, tal vez sí tenían posibilidades de formar una relación. Pero sería presuntuoso por su parte pensar así. Sospechaba que ni siquiera habían tocado la punta del iceberg de lo que él quería hacerle.

Había más en el estilo de vida Amo/sumisa que un simple intercambio de poder, sin duda. ¿Y qué pasaba con los látigos de múltiples colas, las cadenas y los látigos? ¿Cuánta importancia tenían? ¿A Charles siquiera le interesaban esas cosas? Las preguntas hicieron que Elena se diera cuenta de lo poco que sabía de Charles o del estilo de vida que él favorecía.

Una pequeña dosis de miedo intentó abrirse paso en su mente, pero quedó eclipsada por la anticipación. Por primera vez desde que conocía a Charles, Elena estaba ilusionada con la perspectiva de ceder a su deseo por él. Si estaba así de excitada solo con la idea de su boca sobre ella, ¿cómo iba a reaccionar cuando finalmente follaran?

«No» —estuvo de acuerdo—. «No fue difícil. Pero eres un provocador terrible.»

Charles se limitó a reírse entre dientes y luego se giró para mirar por la ventanilla de la limusina.

«Ah, perfecto» —dijo—. «Hemos llegado.»

Elena no estaba ni remotamente tan encantada con la novedad como parecía estarlo Charles.

CAPÍTULO CINCO

Charles sostuvo la puerta del restaurante abierta para Elena y luego entró tras ella. Su polla estaba como una barra de acero dentro de sus pantalones y tuvo que comprobar que nadie miraba antes de bajar la mano para colocarla en una posición más cómoda. Elena iba a ser su perdición. Había estado desesperado por poner las manos sobre ella en la limusina y tuvo que cerrar los puños para impedírselo. Cuando ella accedió a su petición, quitándose las bragas y luego mostrándose a él, casi pierda la cabeza. Había visto bien ese coño suave, reluciente, y le costó todo lo que tenía no ponerla boca arriba, sacar su polla y embestir dentro de ella, follándola fuerte y profundamente hasta que gritara su nombre y se corriera encima. Había estado tan mojada para él. Lista. El lado dominante de su personalidad le confería un control excelente, pero aquello había sido una verdadera prueba de su dominio. Estaba orgulloso de sí mismo. Pero ¿cuánto tiempo podría aguantar antes de tomar lo que deseaba? Lo que ambos deseaban.

Elena era la primera mujer que afectaba a Charles de esta manera y ciertamente había tenido su buena ración a lo largo de los años. Pero era difícil encontrar una mujer que no estuviera solo tras su dinero. El sexo había sido divertido —en ocasiones, pero no era capaz de conectar con ninguna de ellas en un nivel más profundo. Sí, quería una mujer que pudiera asumir un papel sumiso para su dominancia, pero no quería un felpudo. La mayoría de las mujeres que había «salido» eran ansiosas de agradar, pero era difícil creer que fuera por alguna otra razón que no fuera querer una parte de su fortuna. Charles quería una mujer de carácter fuerte, alguien que lo desafiara, alguien que tuviera su propia vida e intereses. Elena era esa mujer. Lo había sabido desde el momento en que Henry la presentó, pero ella era más joven entonces, recién salida de la universidad y había estado en una misión de abrirse camino en una carrera profesional. Charles podía entenderlo, y había esperado.

Había sido la paciencia personificada, pero no más. Era hora de reclamarla como suya.

La cosa loca era que Charles estaría feliz de compartir su riqueza con Elena, probablemente más porque sabía que ella no la quería. Elena amaba el sur de Francia tanto como él, habían hablado de ello anteriormente. El apartamento que tenía en la ciudad siempre le había convenido, pero no era un hogar. Sus padres habían fallecido hace algunos años y pasaba cada vez menos tiempo en Nueva York donde había crecido. Aunque seguía muy involucrado en el negocio de inversiones que había montado con Henry, quería una base más permanente. Se podía imaginar a sí mismo pasando más tiempo en Francia, mucho más tiempo. Si Elena consentía en compartir su vida con él, le encontraría la casa más lujosa que el dinero pudiera comprar y eso sería un hogar, porque Elena estaría en él.

«Ah, señor Hunt, bienvenido» —dijo el maître d', sonriendo ampliamente—. «Déjeme mostrarle su mesa.»

Charles asintió. «Gracias, Pierre.»

Lo siguieron a través del restaurante poco iluminado y luego salieron a una pequeña terraza al fondo, que daba a un jardín bien cuidado. La terraza había sido decorada exactamente según las especificaciones de Charles. Las luces de hadas blancas adornaban las vigas de madera y los enrejados, y docenas de velas de cera parpadeaban suavemente en la brisa ligera. El pecho de Charles se hinchó de orgullo con la inspiración brusca de Elena.

«Es hermoso» —susurró reverentemente.

Cuando se hubieron sentado y Pierre les había entregado la lista de vinos y luego los dejó solos para decidir, Elena se inclinó sobre la mesa, con sospecha evidente en su rostro orgulloso y hermoso.

«¿Por qué el restaurante está vacío?»

Charles sonrió. «Porque pagué mucho dinero para asegurar que no nos molestaran.»

«¿Siempre consigues lo que quieres?»

«Sí.»

«¿Por qué no me sorprende?» Elena negó con la cabeza. «No puedes comprarlo todo, ¿sabes?»

«Me temo que tendremos que estar en desacuerdo en ese punto.»

Elena frunció el ceño y enderezó los hombros, sentándose hacia atrás en su silla, mantuvo su mirada con facilidad. «No puedes comprarme» —dijo con convicción.

«Ni quisiera hacerlo. Esperaba que pudieras ver más allá del dinero y las cosas materiales que puede comprar. Pensé que eras el tipo de mujer que podía verme a mí antes que todos los adornos de mi riqueza.»

«Lo hago, Charles. Pero entonces ¿por qué todo esto?» —preguntó, moviendo su mano alrededor para indicar los adornos de la terraza y los asientos vacíos.

Charles se encogió de hombros. «Porque puedo. Porque quería que fuera hermoso para ti —quería que fuera especial. Solo lo mejor para mi Elena.»

Elena estaba sonriendo incluso cuando levantó una ceja cuestionando. «Mi Elena.»

«Desde luego que lo eres.»

Charles retuvo la respiración mientras esperaba ver cómo Elena reaccionaría a ese pequeño despliegue de posesión, pero para su alivio, ella negó con la cabeza, una risa deliciosa escapando de sus labios.

«¿En qué demonios me he metido contigo?»

Charles se inclinó hasta que sus labios casi tocaban su lóbulo de la oreja. «En nada que no quieras.» Mientras se echaba hacia atrás, vio el escalofrío que recorría su cuerpo dejando piel de gallina en su estela. «¿No es así, Elena?»

Sus ojos estaban entornados cuando se encontraron con los suyos nuevamente, sus mejillas sonrojadas con el matiz delicioso del deseo. «Sí» —respiró.

Su respuesta era toda la invitación que Charles necesitaba para cerrar la distancia entre ellos, pero aún así no la besaría aunque estuviera impaciente y sintiera una fuerza impulsora para tomar lo que quería. Tenía que venir a él o al menos seguir su dirección. Era hora de ver qué tan bien respondería.

«Dame tu boca, Elena» —instruyó.

Sin titubear, Elena se movió esa pulgada extra más cerca. Se humedeció los labios y luego los presionó contra los suyos. Charles sofocó un gemido. El instinto tomó el control e inmediatamente comenzó a dominar el beso, profundizándolo. Su jadeo le ofreció la oportunidad perfecta de empujar su lengua dentro y tomar lo que tan desesperadamente necesitaba. La atrajo contra su cuerpo, besándola más profundamente aún. Pronto, los brazos de Elena se envolvieron alrededor de su cuello, sus dedos agarrando su cabello y manteniéndolo en su lugar mientras ella lo besaba con una necesidad hambrienta e insaciable. Había mucha posesión en el beso, pero no toda venía de Charles. Elena también estaba reclamándolo como suyo y no ¿no hizo eso su polla palpitar como si intentara abrirse paso fuera de sus pantalones?

Deslizando su mano por el cuello de Elena y luego sobre su pecho, Charles lo cubrió firmemente. Ella no llevaba sujetador bajo el vestido de seda delicado, lo que hizo fácil para él deslizar su mano dentro y pellizcar un pezón ya erecto, rodándolo entre su pulgar e índice, haciéndola temblar y gemir dentro de su boca. Charles estaba seguro de que si bajaba la mano encontraría su sexo empapado, pero no podía arriesgarse. Si deslizaba sus dedos dentro de su canal mojado, querría su polla dentro también. Y eso tendría que esperar hasta más tarde cuando tuviera tiempo de follarla adecuadamente.

«Tócame» —dijo contra sus labios—. «Saca mi polla y acaríciala.»

Elena saltó hacia atrás, sus ojos muy abiertos. Sus labios rosa suave estaban húmedos y deliciosamente hinchados.

«¿Puede alguien vernos aquí?»

«Espero que sí.»

Ella comenzó a negar con la cabeza, mirando hacia atrás como si para asegurar que realmente estaban solos. «¿Qué hay del maître d'?» —preguntó—. «¿No volverá para tomar nuestro pedido?»

Charles no le importaba nada. Pierre podría acercarse una silla y mirar por todo lo que le importaba. Todo lo que importaba era él y Elena y lo que estaban a punto de hacer. Pero Charles no quería darle al tipo un infarto y este era uno de sus restaurantes favoritos en Cannes. Le gustaría poder volver. Y la mera idea de que Pierre

viera a Elena de esa manera sacó una explosión repentina de posesión. Había follado frente a gente antes y lo había disfrutado, pero eso había sido con mujeres que no significaban nada para él. Esto era diferente —Elena era diferente.

Sin apartar la vista del rostro de Elena gritó: «¡Pierre! ¡Danos otros diez minutos solos!»

La respuesta de «¡Sí, señor!» fue casi instantánea, pero Charles ya tenía su boca sobre Elena de nuevo, su lengua invadiendo sus profundidades, mientras sus dedos se reacquaintaban con sus pezones. «Saca mi polla y hazme correrse» —dijo, su voz menos en control de lo que le habría gustado. El efecto que ella tenía en él seguía sorprendiéndolo y había muy poco que lo sorprendiera más.

Sin más vacilación, Elena frotó sus dedos largos y elegantes sobre su bulto duro antes de bajar su cremallera y meter la mano dentro. Logró bajar sus calzoncillos y luego, ay santo Dios, tenía su mano envuelta alrededor de su polla y la estaba sacando de sus pantalones. Ese primer contacto casi lo hace correrse. Charles tuvo que apretar los ojos cerrados y luchar para evitar el orgasmo que estaba tan cerca de explotar encima de su mano.

Cuando Elena miró hacia abajo a su polla expuesta, parecía casi sorprendida de encontrarla en su mano. Acarició sus dedos por la longitud lentamente, experimentalmente y un gruñido bajo fue arrancado de la garganta de Charles.

«Eso es, Elena» —gruñó—. «Apriétalo fuerte. No pares hasta que tu mano esté cubierta de mi leche.»

Elena atrapó su labio inferior entre los dientes y luego apretó la polla de Charles en su puño. Después de un par de acariciamientos lentos, comenzó a masturbarlo en serio. Cada tirón glorioso envió una descarga de placer a sus bolas. Quería ver su mano deslizarse hacia arriba y hacia abajo, su pulgar barriendo sobre la cabeza y capturando el líquido preseminal que se escapaba antes de extenderlo por su longitud, pero la expresión en su rostro era demasiado maldita buena para perderse. Cuando lamió sus labios y lo miró con una necesidad urgente, Charles estaba sorprendido de no explotar justo en ese momento.

Su voz era un rumor profundo y bajo cuando preguntó: «¿Quieres probarme, Elena?»

Abrió su boca, pero nada salió, en su lugar dio una pequeña inclinación de su cabeza.

«Necesitas decirlo. Quiero escuchar tu respuesta. ¿Quieres mi polla en tu boca?»

«Sí.» Su respuesta fue tranquila, apenas más que un susurro, pero tendría que servir. Charles necesitaba la cavidad mojada de su boca envuelta alrededor de él tan mal como necesitaba oxígeno.

«Hazlo» —ordenó—. «Chúpame. Chúpame fuerte.»

Lo hizo. Inclinándose hacia adelante, Elena envolvió sus labios alrededor de la cabeza de su polla y en un movimiento suave y fluido lo tomó hasta el fondo de su garganta y tragó.

«Oh, santo Dios» —casi gritó Charles. Deslizó sus dedos en su cabello y la mantuvo en su lugar mientras empujaba sus caderas hacia arriba, tratando de penetrar más profundamente.

Elena comenzó a moverse hacia arriba y hacia abajo sobre su polla y la succión en cada carrera hacia arriba era absolutamente maldita perfecta. Cada vez que empujaba hacia arriba, follando fuerte en su boca perfecta, un gemido bajo escapaba de su garganta que hizo maravillosas vibraciones bailar a lo largo de su tallo. Era sensacional. Elena sabía exactamente cómo chuparlo. Usaba la presión correcta y la velocidad, sabía cuándo aflojar y lamer alrededor de su corona o sumergir su lengua en su abertura y sabía exactamente cuándo moverse más rápido, chupar más fuerte y tomarlo profundamente. Era como si hubiera sido hecha para darle placer.

«Aprieta mis bolas, Elena» —ordenó Charles, aliviado cuando ella cumplió de inmediato—. «Oh, Dios, eso es.»

Demasiado pronto, las sensaciones características de su liberación inminente comenzaron en las bolas de Charles, la sensación propagándose rápidamente a la base de su espina dorsal. «Voy a correrme ahora» —escupió, asombrado de poder hablar en absoluto —. «¿Y vas a tomarlo todo, no es así? Vas a tragarlo, cada última gota.»

Charles no habría forzado el problema si Elena quería echarse hacia atrás, pero ella asintió frenéticamente alrededor de su polla y sus movimientos se volvieron más rápidos, la succión más dura, sacando su orgasmo hermosamente.

«Maldita sea.» El placer fue tan intenso que Charles tuvo que agarrarse a la silla debajo de él mientras continuaba empujando, follando en su boca y observándola tomar todo mientras utilizaba hábilmente su boca para suplicar por todo lo que tenía que darle.

La presa se rompió.

Charles la mantuvo la cabeza en su lugar mientras su orgasmo se precipitaba a través de él a una velocidad alarmante y eyaculó en su boca en ráfaga tras ráfaga, llenándola con su liberación. Elena tragó cada gota. Su lengua lo acarició amorosamente después, barridas largas que lo lamieron limpio. Cuando su respiración volvió bajo control, Charles cubrió el rostro de Elena, levantándolo para que se encontrara con su mirada y cuando sus ojos se encontraron vio la lujuria desenfrenada brillando de vuelta hacia él, y Charles supo que esta era la mujer para él, la mujer con la que estaba destinado a pasar su vida. Era perfecta para él en todos los aspectos. Ahora solo tenía que convencer a Elena de eso.

CAPÍTULO SEIS

Mientras Elena miraba hacia arriba a los ojos de Charles, fue invadida por un inmenso sentido de lo correcto. Darle placer había sido satisfactorio. Había estado nerviosa al principio, preocupada de que los vieran, pero había seguido sus instrucciones y pronto su ansiedad desapareció y casi olvidó dónde estaban. Se sentía bien soltar el miedo y confiar en él. Chupar esa polla hermosa suya con la preocupación añadida de que los pudiera coger había sido más emocionante que cualquier cosa, y cuando Charles se corrió en su boca, Elena casi pierde el control también. Estaba al borde del precipicio, anhelaba la liberación. Se retorcía salvajemente en su asiento, adolorida. Necesitaba ser penetrada. Quería que la follara.

Con una necesidad incontrolable, se reclinó en la silla y levantó el dobladillo de su vestido, colocando una mano en su sexo. Estaba tan mojada, lista. Habría poco necesario para hacerla correrse. Volvió a encontrar la mirada de Charles y cuando acarició un dedo sobre su clítoris, jadeó, el sonido fuerte en el espacio silencioso. La cara de Charles se volvió de repente seria, sus ojos aproximadamente un tono más oscuro. Meneó la cabeza mientras extendía la mano hacia su mano y la apartaba, sosteniéndola fuerte en la suya.

«No, Elena. No puedes darte placer a ti misma. Tu placer me pertenece ahora.»

«¿Qué?» Elena intentó apartar su mano pero la presión de Charles era firme. «¿No puedo tocarme? Pero necesito correrme.»

«Y lo harás. Pero con mi mano, mi boca, mi polla.»

Llamas de lujuria lamieron el cuerpo de Elena y más líquido se deslizó de su coño ya mojado. Lo quería todo, todo. Quería que la doblara sobre la mesa y la follara aquí mismo en la terraza. No podía creer que estuviera entreteniendo tales pensamientos, pero Charles la hacía querer cosas que nunca habría considerado antes. Cuando lamió sus labios y bajó los ojos a su coño, Elena supo lo que más necesitaba: su boca en ella, su lengua profundamente dentro, lamiendo sus jugos y pasando sobre su clítoris.

«Por favor» —susurró. Elena no estaba acostumbrada a suplicar, pero lo haría de buena gana si le consiguiera lo que necesitaba.

La sonrisa de Charles era positivamente salvaje. Soltó su mano entonces e insinuó sus dedos hacia arriba por su muslo. Elena contuvo el aliento en anticipación, pero Charles simplemente agarró el dobladillo de su vestido y lo volvió a poner en su lugar, cubriéndola.

«¿Qué estás haciendo?» —preguntó Elena, indignada—. «¿Y yo? Necesito...»

«Después» —dijo Charles—. «Pierre está a punto de volver.»

Ay, ni hablar. «Dile que necesitamos más tiempo. No puedes dejarme así.»

«¿Quién crees que hace las reglas aquí, Elena?»

«Pero...»

Charles levantó una ceja, desafiándola silenciosamente a discutir y fue entonces cuando Elena se dio cuenta de que esto era una especie de prueba. Charles estaba viendo cuán bien podía someterse, adherirse a sus demandas.

Apretó las piernas y luchó por el control, pero la posición puso presión en su clítoris sensible así que las reabrió. Reprimir su necesidad era tortura. «¿Puedo preguntarte algo?»

Charles asintió. «Por supuesto. Puedes preguntarme cualquier cosa.»

«¿Por qué? ¿Por qué me estás haciendo esperar?»

«Me dijiste antes que me confías.»

«Confío en ti.» Elena frunció el ceño en confusión. «Pero ¿qué tiene que ver eso con...?»

«Se llama gratificación retrasada» —dijo Charles—. «Cuando finalmente te permita correrte, será aún mejor porque tuviste que esperar por ello.» Charles se inclinó cerca. «Y te prometo que cuando suceda, será absolutamente increíble. ¿Eso responde tu pregunta?»

Elena tragó y asintió, insegura de que su voz funcionara si intentaba responder. Entendía el concepto de gratificación retrasada, pero ¿entendía Charles cuán grande era su necesidad? Probablemente, y ese era exactamente el punto, ¿verdad? Imágenes

vívidas de lo que le haría más tarde brillaron en su mente y la necesidad de Elena espiral. ¿La atará? ¿Le pegaría? ¿Usaría juguetes en ella? ¿Usaría su boca para hacerla correrse o sería esa polla larga y gruesa suya la que la llevaría al orgasmo? Se estremeció. Charles la miró expectante y Elena se dio cuenta de que seguía esperando su respuesta.

«Sí» —logró responder, su voz temblaba y era baja—. «Eso responde mi pregunta.»

«Bien. Has seguido mis instrucciones hermosamente hasta ahora esta noche y después, serás recompensada y bien recompensada. Te haré suplicar mi polla y justo cuando creas que no puedas soportar más, te la daré. Te la daré duro y profundo. ¿Eso suena bien?»

Elena intentó tomar el control del impulso de acariciarse el clítoris o exigir que Charles la follara ahora, maldita sea incluso lamerla o tocarla, cualquier cosa para hacerla correrse. Pero sabía que eso lo disgustaría y aunque su impulso natural era exigir, insistir, intentar recuperar el control que se le escapaba más de su alcance, reprimió el impulso y tomó una respiración profunda y calmante. Podía hacerlo, quería hacerlo y no podía luchar contra la sensación de que sería tan increíblemente digno al final.

«Suena perfecto.»

Charles sonrió con apreciación. «¡Pierre!» —gritó después de un momento—. «¡Estamos listos para ti!»

El maître d' llegó casi al instante y Charles ordenó para ambos. Elena no fue sorprendida cuando eligió el Dom Perignon vintage, el champagne más caro del menú. Y tampoco escatimó gastos en la cena. El Langosta Thermidor fue cocinado a la perfección.

«¿Esto normalmente solo se come en ocasiones especiales?» —preguntó Elena después de probar un bocado de la deliciosa costra de Gruyère.

Charles asintió. «Sí. Pero esto es una ocasión especial. Es nuestra primera cita. La primera de muchas. Me atrevo a que encuentres algo más especial que eso.»

Elena se rió y meneó la cabeza con incredulidad. «Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad?»

«Al contrario» —dijo Charles después de tomar un sorbo de su champagne—. «Estoy muy seguro de ti.»

Afortunadamente para ella, Charles no la bromeó más mientras comían su cena. Estaba demasiado tensa y temía que si Charles persistía, tendría que tomar cartas en el asunto por sí sola, por así decirlo, y eso sería contraproducente. Elena quería llegar al orgasmo, pero quería agradar a Charles más. Era un deseo ardiente que no tenía control sobre él y para alguien que le gustaba estar en control, eso era una posición aterradora.

Después de que Charles se ocupara de la cuenta y salieran al aire templado de la noche, Charles tomó la mano de Elena y la dirigió calle abajo.

«¿No nos irán a recoger?» —cuestionó.

«No vamos a volver a la villa. Vamos a mi piso aquí en el pueblo.»

«Oh.» Elena se quedó inmóvil. Se sentía segura en la villa de Henry. Era un hogar lejos del hogar y estaba cómoda allí, pero ¿el piso de Charles? Eso sería diferente. ¿Qué si lo tenía preparado como una mazmorra? ¿Qué quería hacer con ella allí? ¿Y qué si no le gustaba? Su respiración se aceleró y su corazón comenzó a latir ensordecedor en su pecho. De repente, estar con Charles, esta relación no se sentía como la mejor idea anymore. No sabía si podía seguir adelante después de todo.

Charles se paró silenciosamente frente a Elena como si estuviera esperando que ella encontrara su mirada. «¿Qué pasa?» —preguntó.

«No— es decir, ¿por qué tenemos que ir allí?»

Charles se encogió de hombros. «Está más cerca y tengo todo lo que necesitaremos allí.»

Ay, Dios. Elena apenas podía respirar mientras pensaba en las implicaciones de esa declaración. Imágenes vívidas de sujeciones y látigos y máscaras entraron en su mente y el miedo y la emoción guerreaban por la dominación.

«Necesitar» —chilló—. «¿Qué quieres decir? ¿Qué necesitamos?»

Charles frunció los labios, sus cejas fruncidas en un ceño. «Dime qué te preocupa, Elena. Habla conmigo.»

«No sé si pueda hacer esto» —soltó—. «No sé si realmente es yo.»

«¿Estás segura de eso?»

Elena buscó los ojos de Charles como si la respuesta a la pregunta estuviera escondida en algún lugar en su mirada. ¿Estaba segura? No sabía nada en absoluto anymore. Todo se estaba moviendo a un ritmo tan rápido y estaba luchando por mantener el ritmo. Se sentía como si estuviera en una atracción de feria sin forma de bajarse— figurativamente o literalmente. Normalmente estaba en control de cada aspecto de su vida, pero esto, esto la dejaba sintiéndose impotente. Sabía que ese era el punto, pero no estaba segura todavía si era una cosa buena o no. Siempre había escuchado a su instinto, pero estaba desgarrada.

Charles colocó sus manos en sus brazos y sonrió de manera reconfortante. «Déjame tranquilizarte. Nunca te haré daño. Cualquier cosa que hagamos será consensual y discutiremos los parámetros antes de comenzar.»

«¿Parámetros?» Elena se rió nerviosa. «Creo que esa es la cosa menos sexy que me has dicho toda la noche.»

Charles se rió. «Sin duda. Pero tenemos que tener límites— es esencial. Hay muchas cosas a considerar. Necesitamos saber con qué estamos cómodos ambos. Cuáles son nuestras áreas prohibidas, nuestras palabras de seguridad.»

«¿Palabras de seguridad?» Elena tragó con dificultad y comenzó a menear la cabeza. Quizás había fantasizado sobre juguetes y nalgadas, sobre juego de rol o estar atada, pero esto sonaba como un nivel completamente diferente y uno para el que no estaba segura de si estaba lista, o si alguna vez estaría lista.

«¿Qué si no me gusta?» —dijo, finalmente expresando sus miedos—. «¿Qué si necesitas más? ¿Qué si no soy suficiente para ti?»

«Imposible» —escupió Charles—. «Siempre serás suficiente. Voy a hacerlo bueno para ti, y si hay algo que no te gusta, no lo haremos de nuevo. Me gusta estar en control sí, pero no soy sádico, te lo aseguro. Todo esto es sobre el placer. Para ambos.»

Elena podía ver la verdad brillando en los ojos de Charles y la tranquilizó, poniendo su mente en reposo. Sabía que podía alejarse ahora y olvidar todo lo que había sucedido entre ellos hasta ahora, o

podía ver hacia dónde podría ir la atracción entre ellos— cuán lejos podría desarrollarse. Si huyera de sus sentimientos, sospechaba que siempre lo lamentaría. Levantó la barbilla y encontró la mirada expectante de Charles.

«Quiero hacer esto» —dijo, sorprendida por lo constante y segura que fue su voz—. «Estoy lista para llevar las cosas más lejos.»

La sonrisa de Charles fue exultante, el orgullo y el respeto en su expresión solidificó la resolución de Elena.

«No te arrepentirás» —votó.

CAPÍTULO SIETE

Al empujar la puerta de su piso, Charles encendió las luces y condujo a Elena al amplio salón. Su corazón latía acelerado. Elena podría estar nerviosa por lo que iba a suceder entre ellos, pero Charles estaba igualmente ansioso. Esa noche tenía que ser perfecta; sospechaba que toda su futura relación dependería de lo que sucediera entre ellos aquí. Charles ya sabía que Elena era la mujer indicada para él, pero temía asustarlala antes de que lo conociera adecuadamente, antes de que tuviera la menor idea de lo bien que podrían estar juntos. No podía dejar que eso sucediera, ni lo permitiría.

Charles ya podía darse cuenta por las acciones de Elena hasta el momento que encajaría perfectamente en su estilo de vida. Elena podría no darse cuenta aún, pero era la sumisa perfecta, ansiosa de agradar y perfectamente a gusto en esos momentos en que se permitía dejar de pensar tanto y renunciar al control que había adoptado tan cuidadosamente en cada parte de su vida.

—Ponte cómoda —dijo Charles, barriendo la mano alrededor del amplio espacio abierto—. Voy a servir vino.

Elena asintió educadamente. —Gracias.

Charles esperó a que cruzara la habitación y se sentara en la esquina del sofá cerca de la ventana. Cuando cruzó las piernas, el vestido se le subió por las caderas, su polla respondió instantáneamente, endureciéndose hasta el punto del dolor. Aunque ya había eyaculado una vez y muy fuerte, tenía la sensación de que ninguna cantidad de orgasmos sería capaz de saciar su necesidad de esa mujer asombrosa.

—Quítate el vestido —ordenó—. Quiero que estés desnuda para cuando regrese. Y ni se te ocurra tocarte. —Elena frunció el ceño, pero se levantó rápidamente para quitarse el vestido.

Charles se dio la vuelta para ocultar su sonrisa y luego se dirigió a la cocina para recuperar la botella de chardonnay que tenía enfriándose en la nevera. Después de descorchar la botella, agarró

dos copas de vino y sirvió una cantidad generosa en cada una. Antes de volver al salón, se quitó la chaqueta y se quitó la corbata, desabrochando los primeros botones de la camisa. Quería liberar su polla. El pensamiento de Elena, desnuda en su sofá y esperando a que regresara, habría sido el material perfecto para masturbarse, pero sabía que no sería capaz de contenerse una vez que comenzara. Su mano simplemente no sería suficiente. La próxima vez que eyaculara quería estar hundido hasta el fondo dentro de ese dulce y mojado coño suyo, metido profundamente mientras ella gritaba su nombre, su canal apretándolo fuertemente y sacando su liberación. Dios, no podía esperar a estar dentro de ella.

Después de quitarse el vestido y sentarse nuevamente, Elena cerró los ojos con fuerza e intentó tranquilizar su respiración. La anticipación la estaba matando. No podía creer cuánta excitación sentía y ni siquiera habían comenzado. Se sentía expuesta sentada allí desnuda excepto por sus tacones altos Manolos, pero también estaba emocionada. Su estómago se apretó mientras esperaba a que Charles regresara. ¿Qué lo estaba deteniendo con el vino? Elena se había sentido ebria después de beber las copas de champán en el restaurante, pero el paseo de vuelta al apartamento la había despejado. Mientras pensaba en lo que había hecho en la terraza, su excitación volvió con venganza. Estaba ansiando tocarse, pero Charles le había dicho que no lo hiciera. Su vena rebelde la hacía querer desobedecer, solo para ver qué haría él, cómo reaccionaría. ¿La castigaría de alguna manera? La idea la hizo temblar, en parte por miedo, pero principalmente por deseo: un anhelo profundamente arraigado que nunca había actuado y probablemente nunca habría actuado con ningún otro hombre.

Cuando abrió los ojos, lo primero que Elena vio fue a Charles de pie en la puerta, observándola. Estaba apoyado contra el marco, tomando de su copa, sus ojos oscuros y entornados estudiándola de cerca. Una erección gruesa presionaba la parte delantera de sus pantalones, pero no hizo nada para ocultarla. En cambio, sus caderas se proyectaban hacia ella como si estuviera exhibiendo con orgullo el efecto que ejercía sobre él.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó, su voz un susurro bajo y sexy.

Elena se cruzó de mirada con él. —En ti —respondió con voz gutural—. Y en lo que me harías si hubiera desobedecido tu orden.

Un gruñido bajo se escapó de la garganta de Charles y se alejó de la pared, cruzando la habitación en zancadas largas y pares. —¿Ansioso de descubrirlo? —cuestionó—. Se puede arreglar. Abre las piernas para mí, Elena.

Lentamente, Elena hizo lo que se le ordenaba, exponiéndose a Charles. Él murmuró su aprobación y luego colocó su copa de vino en una mesa auxiliar. Le extendió la otra a Elena.

—Bebe —ordenó.

Elena no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Tomó un largo sorbo del líquido ámbar, necesitando el valor añadido, luego colocó la copa junto a la de Charles. Inclinado con las manos en sus rodillas, recorrió con la vista su cuerpo y luego descansó su mirada en su coño.

—Absolutamente hermoso —dijo con aprecio.

Se arrodilló frente a ella y simplemente... miró. Elena podía sentir el calor subir en sus mejillas, pero no podía apartar los ojos de la hermosa cara de Charles. Sería inútil intentar ocultarse: él sabía el efecto que ejercía sobre ella y si había alguna duda, el coño empapado que estaba mirando era una prueba positiva. Charles deslizó las manos por sus muslos y separó las piernas más, exponiendo más de su sexo. Usó la mano izquierda para separar su entrada y con la derecha, pasó los dedos por su grieta antes de deslizar uno dentro, tan profundo como su cuerpo permitía. Elena jadeó, su cabeza rodando hacia atrás sobre sus hombros.

Charles no se detuvo allí. Añadió otro dedo e impulsó dentro y fuera, follándola profundamente. Usó el pulgar para masajear su clítoris. Los movimientos firmes y seguros dejaban a Elena jadeando y desesperada por ser llenada más completamente. Quería su polla, la ansiaba. Pronto estaba empujando las caderas hacia adelante, frotándose contra su mano mientras intentaba meter los dedos más profundamente, intentaba que su pulgar frotara más fuerte y la llevara al clímax.

—Así es, Elena —ronroneó—. Folla mis dedos.

Elena se preguntó qué había pasado con la charla que se suponía debían tener sobre límites y palabras de seguridad, pero los dedos de Charles deslizándose dentro y fuera de su cuerpo y el pulgar frotando insistentemente contra su clítoris se sentían demasiado bien. Era incapaz de concentrarse en nada más que en lo que él estaba haciendo a su cuerpo y la respuesta que sus ministros estaban causando. Cuando Charles curvó los dedos dentro de ella, su pulgar presionando más fuerte en cada pasada, la respiración de Elena cambió, volviéndose más superficial mientras la primera sensación hormigueante de su orgasmo inminente comenzaba a ascender dentro. Persiguiendo la liberación, Elena movió las caderas más rápido, más fuerte, exigiendo más contacto, más de todo lo que él tenía para ofrecerle.

Charles debe haber notado lo cerca que estaba Elena de correrse porque rápidamente retiró los dedos y su liberación se detuvo. Un grito de desesperación y decepción se escapó de su boca y metió una mano hacia abajo para terminar lo que Charles había comenzado. No podía esperar más; lo necesitaba. Charles agarró su mano y la apartó.

—¿No te dije que no te tocaras? ¿Realmente quieres ser castigada, verdad? —bromeó. Había un brillo travieso en sus ojos mientras hablaba como si estuviera feliz con el pensamiento de tener que disciplinarla.

—Yo... —Charles no la dejó terminar.

—Ven conmigo —ordenó, levantándose rígidamente y alcanzando a Elena, llevándola consigo.

—¿Qué? —El corazón de Elena se aceleró mientras avanzaba—. ¿Adónde vamos?

—Cada vez que desobedezcas una orden directa serás azotada. Y si eso no consigue controlarte, pensaré en un castigo más adecuado.

El pensamiento de las manos de Charles golpeando su culo desnudo, calentándolo, mientras Elena caminaba esa fina línea entre placer y dolor envió un escalofrío de emoción directamente a su coño. No podía creer cuánto quería eso, cuánto la excitaba. Dejó que Charles la guiara a través de su apartamento hacia su

dormitorio en la parte trasera. Cuando encendió un regulador de luz, Elena se detuvo justo dentro de la puerta, sorprendida de encontrar el dormitorio muy parecido a cualquier otro. No había mazmorra ni sala de juegos aquí, que era su mayor temor. Sin bancos ni columpios ni dispositivos que parecieran pertenecer a una cámara de tortura. Charles la acercó más a la habitación y se inclinó sobre ella. Su cara era de repente seria, sus ojos una sombra más oscura y entornados pero aún chisporrotando.

—Acuéstate en la cama, boca abajo —ordenó, antes de caminar hacia un gran armario en la esquina de la habitación y abrió las puertas. No esperó a ver si Elena cumpliría.

Con extremidades temblantes, se subió a la cama y se estiró a lo largo de su longitud, sus pies colgando de la punta. Giró la cabeza para ver qué estaba haciendo Charles e inhaló bruscamente por lo que vio. Dentro del armario era aparentemente donde Charles guardaba sus «juguetes». Fustas, látigos de múltiples colas, paletas y pinzas colgaban de ganchos en las puertas del armario. Estantes del piso al techo cubrían el espacio interior, llenos de diversos artículos. Elena no podía ver o identificar todos los artículos desde su punto de vista, pero parecía haber artículos de ropa de cuero, mordazas y longitudes de cuerda. Su pulso se aceleró y su respiración se aceleró mientras lo tomaba todo.

—Gira hacia el otro lado —dijo Charles sin mirarla.

Elena hizo lo que pidió aunque fue tortura apartar la vista. Escuchar los sonidos de los artículos que se retiraban y no poder ver cuáles eran fue una agonia pura. Su cuerpo estaba tenso, cada terminación nerviosa tensa. Escuchó a Charles cruzar la habitación y fue consciente de que colocaba cosas en la cama junto a ella. Luego abrió un cajón y huroneó adentro.

—¿Estás en la píldora? —preguntó Charles con voz ronca—. Porque cuando haya terminado con tu castigo, voy a follarte sin protección y voy a terminar dentro de ti.

Elena gimió y tuvo que apretar las piernas fuertemente cuando su coño se apretó y más líquido se filtró de su núcleo. Luego las palabras de Charles se hundieron. Elena no podía creer que el aspecto de seguridad no se le hubiera ocurrido. Habría dejado que la

follara muchas veces esta noche ya. En la villa de Henry, en la limusina, la terraza del restaurante, y no hace cinco minutos en el sofá. Había estado tan desesperada por tenerlo dentro de ella que pedirle que se pusiera un condón habría sido lo más lejano de su mente. Qué increíblemente estúpida.

—Estoy en la píldora —respondió—. Pero...

—Aquí. —Charles rodeó la cama e inclinó junto a ella. Metió un pedazo de papel frente a su cara—. Léelo.

Con un ceño fruncido, Elena escaneó el contenido del documento. Era un informe médico.

—Estoy limpio —dijo Charles—. Me pruebo regularmente y me probé de nuevo el viernes cuando Henry me dijo que te quedarías la semana.

La boca de Elena se abrió. —¿Planeaste todo esto desde entonces?

—Por supuesto —respondió Charles como si hubiera hecho la pregunta más insípida—. Bien sabes cuánto tiempo te he querido. Nada iba a interponerse en el camino de reclamarte esta semana.

Elena intentó digerir las palabras de Charles mientras él tiraba el papel en la mesita de noche y desabrochaba los botones de su camisa antes de desabrocharse el cinturón de los pantalones. Su tono posesivo debería haberla alarmado, pero en cambio alimentó aún más su lujuria.

—Yo también estoy limpia —soltó Elena antes de poder detenerse.

Charles rió. —No esperaría nada menos de ti.

Quitándose los pantalones, Charles los descartó descuidadamente en el piso. Su camisa fue la siguiente, luego sus calzoncillos de algodón blanco. Se ajustaban hermosamente alrededor de sus caderas y Elena casi lamentaba verlos desaparecer hasta que esa hermosa polla que ya había tenido conocimiento íntimo se proyectó con orgullo, pulgadas de su cara. La punta estaba mojada y reluciente a la luz suave de la habitación.

Charles deslizó los dedos en el cabello de Elena y lo agarró fuertemente, acercando su cabeza a su ingle. —Chúpame —ordenó —. Tómame profundamente.

Sin pausa, Elena cerró la boca sobre la cabeza de su polla y succionó la punta, capturando el precíumene que se filtraba y saboreándolo. El increíble sabor dulce y salado estalló sobre su lengua y gimió mientras se deslizaba por su largo grueso, llevándolo a la parte posterior de su garganta. Con un grito de tortura, Charles metió más profundamente, su agarre en su cabello apretándose casi hasta el punto del dolor.

—Eso es bueno, Elena —elogió, empujando fuerte y rápido dentro de su boca—. Absolutamente. Maldito. Perfecto.

Charles construyó un ritmo, yendo profundamente y luego saliendo casi todo el camino antes de volver a entrar. Elena estaba tan perdida en el momento que no notó que Charles había soltado su cabello hasta que sacó su polla y un golpe firme aterrizó en la unión sensible entre la parte superior del muslo y la parte inferior de su culo. Dolía. Las llamas de calor se extendieron desde el área hasta que todo su cuerpo se sintió como si estuviera envuelto en calidez. Apretó su coño, jadeando para respirar, pero apenas tuvo tiempo para inhalar antes de que Charles metiera su polla en su boca nuevamente, presionándola hacia la parte posterior de su garganta. Elena no tuvo más remedio que tragar alrededor de ella.

Charles le permitió chupar durante otros pocos minutos antes de salir nuevamente. Anticipó otro golpe, pero no vino. En cambio, se subió a la cama detrás de ella y se colocó a horcajadas sobre sus muslos. Separó sus piernas luego frotó su polla mojada hacia arriba y hacia abajo por la grieta, presionando suavemente contra las paredes de su coño. Elena agarró las sábanas debajo de ella y rezó para que empujara adentro, para follarla como necesitaba, pero en lugar de su polla llenándola, otro golpe aterrizó en su culo. Fue más duro que la primera vez y causó que Elena gritara de la sorpresa de ello. Su cerebro estaba revuelto. Registró el escozor y la excitó más de lo que esperaba.

—Ahora sería un buen momento para decirme tu palabra de seguridad —dijo Charles mientras reanudaba frotar su polla hacia arriba y hacia abajo por su grieta, presionando contra su entrada pero no adentro, nunca adentro.

¿Cómo se suponía que debería pensar en algo que no fuera lo desesperadamente que quería que estuviera dentro de ella, lo desesperadamente que lo necesitaba? Charles presionó su polla contra su clítoris y arrastró la cabeza hacia atrás y adelante, más rápido y más fuerte. Estaba segura de que perdería la cabeza si no la tomaba. Elena estaba a punto de desmoronarse, su orgasmo acumulándose nuevamente. Levantó las caderas y empujó hacia atrás, intentando que Charles la penetrara, pero no cedería.

—Por favor —gimió, su voz teñida de desesperación.

Otro golpe duro. —Eso no es una palabra de seguridad, Elena.

Apretó las sábanas y gruñó, diciendo lo primero que se le pasó por la mente. —Henry.

Charles retiró su polla de su clítoris y luego rió sin aliento. —Bueno, eso definitivamente es un apagador de pasión.

—¿No es ese el punto?

—No, no lo es. —Aunque no podía ver su cara, Elena estaba segura de que Charles estaba frunciendo el ceño. Se alejó de sus muslos y se arrodilló junto a ella—. Una palabra de seguridad hace lo que promete. Es para mantenerte segura. Para detenernos de cruzar un límite emocional o físico con el que no te sientas cómoda. Es para que no sufras daño físico o psicológico.

Elena giró y se cruzó de mirada con Charles, alarmada por la perspectiva de ser herida en tal nivel. La duda comenzó a meterse en su mente, pero Charles rápidamente negó con la cabeza.

—No dejaría que llegara a eso. Soy muy experto en leer señales corporales, pero la palabra de seguridad es esencial a pesar de todo.

Elena respiró profundamente y asintió. —Está bien, entiendo.

La diversión parpadeó en los ojos de Charles y su boca se curvó en la sonrisa más sexy que Elena había visto. —Así que, Henry es —dijo con ironía—. Pero si olvidas, también puedes decir 'palabra de seguridad' y me detendré al instante.

Pasando los ojos por su cuerpo desnudo, Charles pasó los dedos por la espina dorsal de Elena, antes de descansar la palma de su mano en las mejillas de su culo, que se sentían aún más calientes con su mano encima.

—Te ruborizas muy bonito —observó ronco.

La atmósfera en la habitación cambió instantáneamente como si Charles hubiera cambiado un interruptor. Se volvió cargado, vivo.

—Ahora levanta los brazos sobre la cabeza y agarra el poste de la cama —instruyó con calma.

Elena hizo lo que se le dijo, esperando impacientemente para ver qué haría a continuación. Fue consciente de que Charles agarraba algo de la cama junto a ella y mientras se aferraba a los postes, se mordió el labio con anticipación. Charles aseguró esposas de cuero negro alrededor de sus muñecas antes de encadenarlas a los postes. Elena se estremeció. Confiar en sí misma y en su seguridad a este hombre era aterrador, pero extrañamente erótico y liberador. Charles podría hacerle cualquier cosa ahora y ella sería impotente para detenerlo. Sus pies fueron los siguientes. Se aseguraron dos esposas más alrededor de sus tobillos, las cadenas adjuntas resonando mientras se aseguraban de alguna manera a los postes de las esquinas en la parte inferior de la cama. Las piernas de Elena estaban ampliamente extendidas y nunca se había sentido más expuesta o más indefensa. Era embriagador, intoxicante.

Cuando encontró su voz, preguntó: —¿Qué vas a hacer ahora?

Un golpe rápido aterrizó en su trasero desnudo y le dolía, recalentando el área al instante. Elena gimió. Charles no había usado la mano esa vez; había usado una especie de correa. ¿Cuero tal vez? ¿Una fusta?

—¡Sin preguntas! —dijo severamente.

—Pero... —Otro golpe aterrizó en su culo y Elena jadeó cuando el escozor retrasado se registró.

—Dije, sin preguntas, ¿entiendes?

—Sí.

—Eso es sí, señor. Cuando estamos jugando siempre tienes que dirigirte a mí como señor, ¿entiendes?

—Sí.

Charles la azotó nuevamente y Elena jadeó un «Sí, señor» que era requerido de ella.

—Bueno. Eso es muy bueno, Elena.

Su nombre sonó como una bendición y Elena quería escucharlo decir una y otra vez. De hecho, el tono de Charles a menudo tenía

una especie de reverencia cuando se dirigía a ella y la cadencia de su voz siempre la había hecho querer derretirse. No sabía si prefería la suave y suave inclinación o el tono más severo y dominante. Ambos eran igualmente calientes. Elena esperaba otro golpe, pero en cambio, Charles alisó la palma de su mano sobre los globos calientes de su culo.

—Perfección —murmuró, tan silenciosamente que Elena se preguntó si había hablado en absoluto.

Cuando Charles pasó los dedos entre sus piernas, rozando sus labios y apenas tocando su clítoris hinchado, Elena gimoteó y agarró los postes de la cama más fuerte, rezando por el final de la tortura exhilarante.

—Oh, Dios, por favor —gimió.

Charles rió. —No creo que estés en posición de hacer exigencias, ¿verdad, Elena?

—No —estuvo de acuerdo tranquilamente.

El siguiente zumbido que aterrizó en sus nalgas fue hecho con algo más duro y más ancho. ¿Una paleta?

—¿No, qué? —preguntó Charles.

—¡No, señor! —casi gritó.

—Eso es mejor.

El cuerpo entero de Elena comenzaba a temblar por el dulce calor pungente y la adormecimiento que irradiaba de su trasero. Apretó los ojos y trató de concentrarse en todas las sensaciones. Sus pezones eran tan duros e hipersensibles que las suaves sábanas de algodón frotándolas se sentían casi ásperas y las hizo endurecerse más. Su coño era increíblemente mojado y se sentía tan vacío. Charles estaba en silencio detrás de ella, lo que hizo que la anticipación fuera peor. ¿Qué iba a hacer a continuación? Su pregunta interna fue respondida al instante. El parpadeo de su clítoris con lo que solo podría haber sido la fusta de montar fue repentino e inesperado. Elena soltó un grito agudo cuando las sensaciones rodeaban su clítoris al resto de su cuerpo. Aflojó su agarre en los postes de la cama mientras sus manos comenzaban a temblar. Cada rincón de su cuerpo estaba imbuido de calor y podía sentir el sudor goteando por sus omóplatos.

—¿Te gusta eso, Elena?

—Sí, señor. —Elena odiaba la forma en que su voz temblaba, pero era impotente para evitarlo.

—¿Quieres más? —preguntó Charles.

Estaba a punto de responder cuando otro golpe llegó, robándole el aliento. Esta vez fue seguido por algo mojado y suave.

—¡Oh Dios, sí! —gritó Elena cuando Charles pasó la lengua sobre su clítoris y luego lamió hacia su entrada. Intentó levantar las caderas para acercarse más, pero fue una cosa difícil de lograr con los brazos y los pies encadenados.

—Maldita sea, tienes buen sabor —dijo Charles antes de hundirse la lengua dentro de ella. Impulsó dentro y fuera de manera tortuosamente lenta antes de devolverla al lugar que ansiaba. La mandíbula de Elena se tensó cuando la sensación hormigueante familiar comenzó y rezó para que esta vez, finalmente, Charles la dejara correrse.

—No pares —suplicó.

Charles rió ronco, pero cuando habló, su voz fue ordenadora. —Ruega.

Elena se habría arrodillado en su maldito trabajo si no estuviera encadenada a la cama, cualquier cosa para terminar el tormento.

—Por favor —suplicó—. Por favor, señor.

—¿Por favor qué? —preguntó Charles antes de trabajar su lengua más fuerte en su clítoris.

—¡Por favor, hazme venir! —jadeó. Elena no podía evitar que sus caderas giraran o retener el gemido que desgarraba su garganta mientras el clímax inevitable comenzaba a acumularse. Charles hizo exactamente lo que pidió. Elena gritó cuando la liberación exhilarante se desgarró a través de su cuerpo. El placer fue inmenso. Pero mientras aún se estaba corriendo, aún gritando mientras ola tras ola erupcionaba desde su núcleo, Charles apartó la boca y cubrió su cuerpo con la suya, apuntalando los brazos a ambos lados de su cabeza. Sin previo aviso, hundió su dura polla dentro de ella, llenándola tan completamente y tan hermosamente que gritó su nombre. El alivio recorrió sus venas mientras la follaba fuerte y rápido, extrayendo su orgasmo, intensificándolo. Charles presionó el

pecho contra su espalda fijándola a la cama y el calor abrasador de su cuerpo combinado con el suyo de modo que se sorprendió de que no se incendiaran.

—Eso es, Elena —elogió Charles gutural—. Córrete en mi polla.

Elena aún se estaba estremeciendo cuando Charles se volvió loco encima de ella. Usó una mano para levantar sus caderas mientras se precipitaba dentro de ella tan profundamente como podía. Elena no podría hacer nada más que aferrarse a los postes de la cama y disfrutar del paseo. Cada vez que Charles impulsaba dentro de ella se sentía más fuerte y más profundo y Elena estaba asombrada de darse cuenta de que estaba a punto de correrse de nuevo. Echó la cabeza hacia atrás contra su pecho mientras otra explosión de placer se remontaba a través de ella. Fue vagamente consciente de que los movimientos de Charles se volvían erráticos. Sus caderas habían perdido su ritmo y pronto inclinó su cabeza, capturó su boca y hundió la lengua dentro, moviéndola dentro y fuera con la misma pasión y fuerza con la que la follaba. Gruñó cuando se corrió, empapando su interior con ráfaga tras ráfaga de su liberación.

Cuando ambos dejaron de correrse y habían tomado unos momentos para que su respiración volviera a algo que se parecería a lo normal, Charles colocó un beso tierno en la frente de Elena y luego salió de su cuerpo. Cuando desencadenó sus manos y pies y quitó las esposas, giró para acostarse de espaldas justo cuando Charles se derrumbó a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó tranquilamente—. ¿Te hice daño?

Elena negó con la cabeza y se dio la vuelta para mirarlo. —No, en absoluto —dijo honestamente—. Fue increíble.

Charles sonrió, asintiendo en acuerdo. —Sin duda fue.

—Pensé que sería... —Elena dejó su frase colgando, insegura de cómo explicar lo que estaba sintiendo y qué había estado esperando. Charles frunció el ceño.

—¿Pensaste que sería qué?

—Más intenso, supongo. No, esa no es la palabra correcta. Pensé que serías más... extremo.

La carcajada que se desgarró de la garganta de Charles fue fuerte y tan completamente libre de preocupaciones que hizo que Elena

sonriera también. Sus ojos se arrugaron en los lados. Se veía bien en él.

—¿Fui demasiado suave para ti? Tendré que recordar eso para la próxima vez. Obviamente eres más sumisa de lo que me dio cuenta al principio. Tal vez deberías estar llamándome Amo en lugar de Señor.

Cuando los ojos de Elena se agrandaron y ella inhaló bruscamente, Charles rió más fuerte. —¿Exactamente qué demonios pensaste que iba a hacerte exactamente? Y más importante aún, ¿por qué estuviste de acuerdo?

Elena podía sentir el calor del rubor que cubría sus mejillas. —Simplemente pensé que querríasmore más —admitió—. Para hacer más.

Charles le sonrió calurosamente antes de acariciar los dedos a lo largo de su mejilla. —Déjame dejar algo claro y luego nunca quiero volver a escucharlo mencionado, ¿estamos claros?

Elena vaciló luego asintió. —Está bien.

—Tú y yo somos perfectos el uno para el otro. Lo supe desde el segundo en que te vi y esta noche confirmó eso para mí. Solo he estado esperando a que llegues a esa realización. No quiero más, porque eres más que suficiente para mí tal como eres. Tienes que abandonar este problema que tienes sobre el sexo y el elemento BDSM de esta relación. No tengo idea de qué esperas de él o de mí, pero tal vez necesites reconsiderar tu postura, ¿eh? ¿Fue tan terrible como esperabas?

Elena negó con firmeza. —No fue terrible en absoluto y creo que podrías tener razón. Realmente necesito reconsiderar mis opiniones.

—Siempre tengo razón —dijo Charles con una sonrisa.

Elena agarró una almohada y le dio un golpe en la cabeza. —Puedes dejar esa mierda cuando quieras.

Charles rió. Cuando miró dentro de sus ojos, estaban llenos de nada más que diversión y afecto.

—¿Así que me has convencido ya? —preguntó, su cara perdiendo cada rastro de humor—. ¿Que somos una buena pareja?

Sintiéndose más valiente, Elena pasó los dedos sobre el fino vello oscuro en su pecho. Rodeó su pezón antes de mover la mano hacia

abajo sobre su abdomen y luego más abajo, rozando apenas con las yemas de sus dedos sobre su polla que se sacudió al toque. —Hmm. No estoy seguro. Creo que podría necesitar un poco más de persuasión.

—¿Es ese un hecho? —bromeó Charles—. Entonces es una suerte que tengamos toda la semana. —Tenía el brillo más sexy y travieso en los ojos y hizo que Elena se estremeciera. Aunque estaba completamente saciada, comenzaba a excitarse y sospechaba que siempre sería el caso cuando estuviera con él. Estaba comenzando a creer que una relación con él podría funcionar después de todo. Someterse a él había superado sus imaginaciones más salvajes. Se dio cuenta ahora de que había sido todo lo que necesitaba y esperaba, aunque de alguna manera había logrado enterrar sus deseos profundamente dentro.

CAPÍTULO OCHO

Charles tomó un bocado de su cruasán de almendras y lo bajó con un trago de café solo. Intentaba leer los últimos precios de las acciones en el Wall Street Journal, pero no podía apartar los ojos de Elena. Ella estaba de pie al borde de la piscina, de espaldas a él, vistiendo nada más que un albornoz blanco de algodón, y estaba en mitad de una acalorada conversación por su móvil. Por lo que podía deducir, uno de sus empleados había fastidiado un contrato de diseño y Elena estaba ocupada destrozando al tipo. Era condenadamente sexy. Se mordió los labios para contener un gemido mientras su polla empezaba a endurecerse. Escuchar su tono autoritario, le encantaba que fuera tan asertiva y firme al tratar asuntos empresariales, pero estuviera dispuesta a renunciar a ese control, solo para él. Las imágenes de ella inclinada sobre la cama la noche anterior, suplicándole que la follara por el culo cuando le sacó el tapón anal que le había hecho llevar durante la cena, le enviaron una onda de placer directo a las bolas.

Incapaz de contenerse, dejó el periódico, se desanudó el albornoz y se masturbó. Cristo, siempre estaba duro cuando estaba cerca de ella. La semana que habían pasado juntos había sido la mejor de su vida.

«No me importa si tienes que ponerte de rodillas y rogarle a la mujer por el resto de tu maldita vida. ¡Arreglalo!» —dijo Elena acaloradamente.

Mordiéndose el labio, Charles movía la mano arriba y abajo por su polla con vigor. Sería mejor que terminara pronto con esa maldita llamada porque necesitaba estar dentro de ella y no podía esperar mucho más.

«Sí» —dijo ella—. «Estaré en casa mañana. No, Greg. Ya te lo dije que solo estaré fuera unos pocos días. Voy a hacer la mayor parte de mi trabajo desde aquí, desde Francia. Bueno, tendrás que acostumbrarte. Sí. Hasta mañana. Y no me falles. Este es un gran contrato.»

Charles se masturbaba más fuerte, empujando las caderas hacia arriba. Deslizaba su polla a través de su puño, la presemina que goteaba lubricando el camino. Cuando Elena colgó, gruñó de frustración y luego se giró hacia él. Los ojos se le abrieron de par en par y la mandíbula se le desencajó al ver la imagen de él masturbándose mientras la miraba.

«Ven aquí, Elena» —siseó Charles.

Ella vino hacia él al instante, dispuesta y voluntariamente, y eso hizo que Charles quisiera eyacular en ese mismo momento.

«Quítate el albornoz» —ordenó, tirandose de sí mismo más fuerte.

Sin dudarlo, Elena desanudó el cinturón y abrió los pliegues del albornoz, exponiendo su cuerpo exquisito ante él. Se lo quitó de los hombros y lo dejó caer a sus pies.

«Ahora siéntate en mí» —dirigió—. «Monta.»

Elena se lamió los labios mientras caminaba hacia adelante y se posicionaba a horcajadas sobre sus muslos. Charles estaba tan cerca del borde que tuvo que agarrarse la base de la polla para evitar que se corriera antes de ni siquiera entrar en ella.

«¿Mal día en la oficina, cariño?» —bromeó mientras ella descansaba las manos en sus hombros y se bajaba. Como un misil teledirigido, su polla encontró el objetivo y se deslizó dentro de sus profundidades calientes y mojadas. Charles se estremeció. Esa era otra cosa que le encantaba de ella, siempre estaba mojada para él. No ayudaba el hecho de que se hubieran follado contra la pared en la ducha no hace ni treinta minutos y que el vibrador y las esposas que había usado en ella solo veinte minutos antes seguían sentadas en su cama.

Elena sonrió de forma malvada. «Prefiero no hablar de trabajo cuando tu polla está dentro de mí. Es un auténtico matamotos.»

Charles empujó hacia arriba, hundiéndose más profundamente y Elena jadeó. «¿De verdad?» —preguntó—. «¿Sobre qué te gustaría hablar, sobre el tiempo?»

La risa de Elena se convirtió en un gemido cuando Charles agarró sus caderas y comenzó a embestir hacia arriba dentro de ella, follándola fuerte y rápido, como le gustaba. Se inclinó hacia adelante

y llevó uno de sus pezones a su boca, succionando antes de hacer rodar el botón firme entre sus dientes.

«Según parece va a ser otro día muy caluroso» —murmuró Charles, apretando los dientes mientras Elena comenzaba a frota sus caderas, frotando su clítoris contra su polla mientras buscaba su orgasmo.

«O tal vez prefieras no hablar en absoluto, ¿eh?» Movió la cabeza para darle al otro pezón un trato similar, tirando ligeramente con los dientes y luego calmándolo con la lengua. Estaba comenzando a aprender qué botones apretar para volver loca a Elena y los había usado tan a menudo como podía. Cuando ella comenzó a montarlo con más fervor, el propio orgasmo de Charles comenzó a construirse.

«¿Te gusta mi polla dentro de ti, Elena?»

«Sí» —susurró ella.

Charles se mantuvo firme en sus caderas e inmovilizó la suya. Cuando ella le clavó los ojos confundidos, preguntó: «¿Se te olvidó algo?»

Ella jadeó. «Quise decir sí, señor.»

Charles chasqueó la lengua y movió la cabeza. «Es un poco tarde ahora, ¿verdad?»

Los ojos de Elena se abrieron de par en par y se mordió el labio inferior. «¿Qué vas a hacerme, señor?»

El miedo y la duda que habían estado presentes en los ojos de Elena la primera noche juntos habían desaparecido para ser reemplazados por entusiasmo y anticipación. Era tortura sacar a Elena de su polla cuando había estado tan cerca de correrse, pero ella conocía las reglas.

«Sobre mis rodillas» —ordenó.

Elena hizo como le ordenó, tendiendo el cuerpo sobre las piernas de Charles. Colocó las manos en el suelo para apoyarse y presentó su apetitoso culo hacia él. Su polla quería estar enterrada en él y tuvo una difícil tarea ignorando su exigencia. Su culo era una obra maestra. Alto, redondo y apetitoso, estaba pidiendo la palma de su mano. Charles tuvo que cerrar los ojos con fuerza y contar hasta diez, obligando a su erección a someterse.

No perdió tiempo en bajar la mano. Elena gritó en la primera nalgada y el sonido lo incitó a hacerlo de nuevo, más fuerte que antes. Con cada golpe, el culo de Elena se ponía más rosa y no tardó mucho en que estuviera levantándolo para recibir su mano, ansiosa por el siguiente golpe. Sus gritos pronto se convirtieron en gimoteos, pero Charles no paró. Elena conocía su palabra de seguridad a pesar de que no la había usado una sola vez durante su semana juntos. Su disposición a someterse era un potente afrodisíaco. Mientras más color inundaba sus mejillas, Charles sentía que su control se estaba resquebrajando. Necesitaba follarla — al instante.

«Levántate e inclínate sobre la mesa» —dirigió, maravillado por tener tanto control sobre su voz.

Con las piernas temblorosas, Elena se puso de pie, agarró el extremo de la mesa e inclinó el cuerpo, su culo empujado hacia afuera y a distancia de golpes. La respiración de Charles se aceleró mientras agarraba su polla y la se masturbaba bruscamente. Su posición y el glorioso tono rosado de sus mejillas eran casi demasiado para él. Se puso de pie, se presionó contra su culo sobrecalentado y posicionó su polla en su coño mojado, empujando dentro profundamente.

«¡Oh!» El cuerpo de Elena se sacudió hacia adelante con la fuerza de su entrada y sus manos perdieron el agarre en la mesa, pero Charles no le dio tiempo para arreglarse. Con un agarre brutal en sus caderas, la embestía una y otra vez, cada embestida tan fuerte y rápida que la mesa se raspaba por el suelo, los platos sobre ella sonando ruidosamente.

Extendiendo una mano hacia adelante, Charles frotaba los dedos contra su clítoris, acariciándola en sincronía con sus embestidas. Su coño estaba empapado, sus jugos cubriendo su polla, haciendo que el deslizamiento dentro y fuera fuera condenadamente perfecto. No le tomó mucho a Elena. Sus gemidos crecieron más y más fuerte hasta que gritó su nombre y su coño se tensó, agarrando su polla como un torniquete y sacando su propio orgasmo. El clímax de Charles estalló dentro de ella. Tiró de sus caderas hacia atrás y la mantuvo contra él mientras se presionaba profundamente y cabalgaba la onda de su placer.

«¡Elena! ¡Charles!»

Joder. Charles apenas había terminado de correrse cuando la llamada vino desde dentro de la villa. Sacó su polla gastada del coño de Elena y se envolvió el albornoz alrededor, tambaléándose con el nudo.

«¿Qué demonios está haciendo aquí el tío Henry?» —siseó Elena, los ojos abiertos de par en par y incrédulos mientras levantaba el albornoz del suelo y se lo pasaba por los hombros, fallando en los agujeros de los brazos dos veces antes de finalmente meterse los brazos dentro—. «Mierda.»

«No sé, es la primera noticia que tengo» —respondió Charles—. «Debería estar todavía en Nueva York.»

Charles y Elena habían decidido decirle a Henry sobre su relación en la primera oportunidad, pero no estaban seguros de cómo reaccionaría. Lo último que necesitaban era que Henry los sorprendiera follando a su sobrina sobre la mesa de desayuno. De alguna manera, Charles no creía que eso fuera a funcionar muy bien. Los dos se sentaron justo cuando Henry apareció en las puertas de la terraza. «Aquí están.»

Henry salió al brillante sol de la mañana y se dirigió hacia ellos. Charles observó a su socio comercial observar su atuendo, su mirada posándose en el rostro sonrojado de Elena. Henry no era ningún tonto. Era evidente lo que habían estado haciendo o quizás Charles estaba siendo paranoico. Aun así, el olor a sexo y sudor en ellos seguramente revelaría el juego.

«Hola cariño» —saludó Henry, inclinándose para darle a Elena un beso en la mejilla—. «¿Cómo está mi sobrina favorita?»

Elena rió. «Esa sería tu única sobrina, tío Henry» —respondió—. «Has vuelto pronto.»

Henry asintió en acuerdo y luego se giró hacia Charles. Para su sorpresa, había un brillo burlón en los ojos de Henry cuando sus miradas se cruzaron.

«Charles» —dijo Henry, extendiendo la mano. Se estrecharon y luego Henry tomó asiento al otro lado de la mesa.

«¿Qué tal los negocios?» —preguntó Charles.

Henry agitó la pregunta. «Olvida los negocios. Me gustaría saber exactamente qué demonios está pasando aquí.»

La mirada asustada de Elena se disparó hacia Charles y él se enderezó en su asiento, queriendo llegar y consolarla.

«Yo... nosotros...» —tartamudeó Elena.

«Elena y yo nos estamos viendo» —declaró Charles claramente. No tenía sentido ir por las ramas. Charles estaba encantado de poder llamar a Elena su pareja y si ella consentía la propuesta que había planeado, pronto podría llamarla su esposa.

«Ya veo.» Henry frunció el ceño y luego dirigió su mirada perspicaz hacia Elena. «¿Cómo te sientes al respecto?»

Elena suspiró y luego miró a Charles, su boca curvándose en una pequeña sonrisa. «En realidad estoy muy feliz al respecto. Charles y yo nos llevamos bien.»

«Pues ya era hora» —dijo Henry.

Elena jadeó y fijó la mirada en su tío. Ni siquiera Charles podía admitir que estaba sorprendido. «¿Estás feliz por nosotros?» —preguntó.

Henry puso los ojos en blanco. «He sabido durante años que sois la pareja perfecta, solo estaba esperando a que salierais del error y os dierais cuenta también. Así que mi plan funcionó, ¿entonces?»

«¿Tu plan?» —cuestionó Charles. Frunció el ceño, observando al hombre que había llegado a conocer bien durante los últimos diez años. Luego comenzó a comprender. «No tenías ningún negocio en Nueva York, ¿verdad?»

«Por supuesto que no» —respondió Henry—. «He estado en el Carlton en la ciudad. Hacen un desayuno condenadamente bueno allí también.»

Charles levantó la cabeza y rió. «Viejo astuto y tramposo.»

«Así que has estado aquí en Cannes todo el tiempo» —dijo Elena, moviendo la cabeza, su sonrisa haciéndose más amplia.

«He estado intentando pensar en una forma de juntaros» —meditó Henry—. «Cuando Charles accedió a quedarse aquí durante la semana, fue la oportunidad perfecta. Sé cuánto te ama Cannes, Elena. No pensé que rechazarías la oportunidad de pasar una

semana aquí. Así que finalmente, ¿voy a poder disfrutar de tu compañía con más frecuencia?»

Elena se giró para encontrar la mirada de Charles y su sonrisa era brillante, jubilosa. «Sí» —respondió calurosamente—. «Creo que sí lo harás.»

ACERCA DE LA AUTORA

Ava Grace es una escritora a tiempo parcial que se especializa en historias de romance erótico contemporáneo. Le encanta escribir sobre mujeres fuertes y los hombres aún más fuertes que se enamoran de ellas.

Sus historias a veces son serias y a veces divertidas, pero siempre son sensuales. Están llenas de alfas gruñones y por supuesto de los finales felices que la convierten en su género favorito para leer y escribir.

Ava es una mujer británica que comparte su hogar con un gato jengibre muy grande. Le encanta viajar, comer fuera y pasar tiempo con amigos. Es una autora de tiempo completo a la que le encanta dejar volar su imaginación. Aprecia a cada persona que se ha tomado tiempo para leer una de sus historias.

Si ha disfrutado algo que ha escrito, entonces cualquier cosa que puedas hacer para ayudarla la hará eternamente agradecida — incluso si es solo decirle a un amigo sobre sus libros o escribir una breve reseña de solo unas pocas líneas. Tu apoyo a autoras independientes como Ava realmente significa mucho para ella.